



Artículo

Nuevos aportes sobre la historia de las actitudes sociales durante el Franquismo

Carlos Fuertes Muñoz, *Viviendo en dictadura: la evolución de las actitudes sociales hacia el franquismo* (Granada: Comares, 2017).

Claudio Hernández Burgos, *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)* (Granada: Universidad de Granada, 2013).

Daniel Lvovich

Universidad Nacional de General Sarmiento / CONICET

daniel.lvovich@gmail.com

Fecha de recepción: 10/06/2019

Fecha de aprobación: 05/07/2019

Si bien el interés de la historiografía española por el estudio de la Guerra Civil y el Franquismo ha sido muy importante y persistente, los estudios sobre las actitudes sociales de los distintos grupos y clases han comenzado a desarrollarse en una fecha relativamente reciente. Hace dos décadas, el prólogo a un importante libro sobre la clase obrera durante el franquismo señalaba que el interés sobre el período no había sido acompañado “de la proliferación de estudios sobre los grupos sociales, y en particular sobre los trabajadores”¹.

¹ Carme Molinero y Pere Ysas, *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista* (Madrid: Siglo XXI, 1998), 1.

La tardía atención al fenómeno de las actitudes sociales no resultaba distinta al de las historiografías de otros países que habían atravesado experiencias de guerra, fascismo y colaboracionismo, aunque partía de una diferencia contextual de fundamental importancia. En Italia, Alemania o Francia, algunas de las versiones del antifascismo constituyeron a la vez la piedra angular de la cultura política, el principal referente legitimador de sus democracias y el marco de referencia de las historiografías nacionales. En los tres casos, la historiografía pasó de una perspectiva *heroica* o *resistencial* predominante en las primeras décadas de posguerra, a una renovación que desde la década de 1970 permitió abordar aspectos antes desapercibidos, como el consenso social a los regímenes fascistas o colaboracionistas en el poder, las actitudes de colaboración y las delaciones². En contraste, la democracia española, y su cultura política no han tenido como referente legitimador al antifranquismo. Como señaló Ismael Saz, el antifranquismo no fue un marco similar al antifascismo en otros países, por lo que la historiografía ibérica operó sobre un marco de referencia inexistente sin acertar a construir otro³. A estas condiciones se sumó una extendida voluntad social de “olvidar” la experiencia franquista, que entre otras consecuencias provocó que hasta el comienzo del nuevo milenio —y en el marco de una democracia plenamente consolidada— no surgieran actores sociales que formularan nuevas preguntas sobre el pasado dictatorial, y en particular sobre sus víctimas⁴.

Sólo a comienzos de la década de 1990 fueron publicados los primeros artículos de tono programático que se preguntaban por los apoyos al régimen y las actitudes sociales en el período franquista. En 1990, en una breve ponencia, Javier Moreno Luzón señaló la necesidad de estudiar los *apoyos sociales* del régimen, partiendo de la hipótesis de que la persistencia del franquismo se

2 Daniel Lvovich, “Historia reciente de pasados traumáticos: De los fascismos y colaboracionismos europeos a la historia de la última dictadura argentina”, en *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, ed. Marina Franco y Florencia Levín (Buenos Aires: Paidós, 2007).

3 Ismael Saz, “Introducción: ¿Qué hacemos con el franquismo?”, en *Fascismo y franquismo* (Valencia: Universitat de Valencia, 2004), 17.

4 Véanse Carme Molinero, “Memoria de la represión y olvido del franquismo”, en *Pasajes de pensamiento contemporáneo* (Valencia: Universidad de Valencia, 2003) y Pedro Ruiz Torres, “Los discursos de la memoria histórica en España”, *Hispania Nova, Revista de Historia Contemporánea* no. 7 (2007), disponible en: <http://hispanianova.rediris.es/7/index.htm>.

debió, junto a la represión, a aquel factor⁵. Ese mismo año, en un artículo programático, Borja de Riquer señalaba la necesidad de considerar al conjunto de la población y no sólo a las élites políticas para estudiar las actitudes sociales en Cataluña, señalando que aunque el franquismo no tuvo en esa región una influencia ideológica notable u apoyos masivos, “tuvo éxito en conseguir imponer una pasividad política y social notable” y “una apreciable despolitización popular, elemento básico para la larga pervivencia de la dictadura”⁶. Además, este autor llamó la atención sobre la necesidad de prestar atención a los niveles inferiores de la administración para considerar los apoyos y sus características⁷.

Como han señalado Molinero e Ysás, la historiografía ha prestado más atención a las actitudes de las clases trabajadoras que a las clases burguesas y las medias, probablemente porque se daba por sentado el apoyo de estas últimas al régimen dictatorial. Sin embargo, los estudios de caso demuestran la necesidad de revisar estas presunciones, no porque no sean en general adecuadas, sino porque pueden ser matizadas⁸. Existe un acuerdo en la historiografía española acerca de que la burguesía apoyó en bloque al régimen, aunque variando en sus motivaciones y con diferencias regionales marcadas⁹. Las garantías de dominación social que ofrecía el régimen no impedían la crítica o la oposición cuando los grupos dominantes consideraron que sus intereses eran vulnerados.

5 Javier Moreno Luzón, “El estudio de los apoyos sociales del franquismo. Una propuesta metodológica”, en *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas: Actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social, Zaragoza, septiembre de 1990*, coord. Santiago Castillo (Madrid: Siglo XXI, 1991).

6 Borja de Riquer i Permanyer, “Rebuig, passivitat y suport. Actituds polítiques catalanes davant el primer franquisme”, en *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938-1959)*, Francesc Barbagallo et al. (Barcelona: Crítica, 1990), 180. Todas las traducciones son propias.

7 Riquer, “Rebuig, passivitat y suport”, 183. Sobre las formas de participación de sectores no originalmente franquistas en las administraciones municipales, véanse Emilio Grandío Seoane, “El primer personal político del franquismo en la provincia de La Coruña (cambio y continuidad de las élites políticas municipales durante la Guerra Civil en la retaguardia nacional, 1936-1939)”, en *El régimen de Franco, 1936-1975, Política y relaciones exteriores*, ed. Javier Tussell (Madrid: UNED, 1993) y Martí Martín Corbera, *El adjuntaments franquistes a Catalunya. Política y administración municipal, 1938-1979* (Lleida: Pagés, 2000).

8 Molinero e Ysás, *Productores disciplinados y minorías subversivas*.

9 Molinero e Ysás, *Productores disciplinados y minorías subversivas* y, de los mismos autores, *El régimen franquista. Feixisme, modernització i consens* (Vich: Eumo, 2003).

No existen dudas acerca de los efectos de las políticas represivas franquistas. La violencia extrema, las características de la jurisdicción militar responsable de la represión política durante los primeros veinticinco años del régimen, “con la extraordinaria dureza de las tipificaciones delictivas y las limitadísimas garantías para los procesados, junto con la brutalidad policial —con la práctica habitual de la tortura a los detenidos— tuvo consecuencias de larga duración: atemorizó al conjunto de generaciones adultas desde los años de la guerra civil hasta finales del decenio de los años cincuenta”¹⁰. La mayor parte de los trabajadores españoles eran muy conscientes de su condición de vencidos, por lo que su actitud predominante durante los primeros años de la posguerra fue el rechazo pasivo del nuevo régimen.

La casi totalidad de las investigaciones sobre el período señalan la hostilidad del grueso de los trabajadores al franquismo y sus organizaciones. Pero el rechazo y la hostilidad hacia el régimen y el malestar obrero por las difíciles condiciones de vida no se tradujeron en una importante conflictividad social ni en un apoyo masivo y activo a los grupos antifranquistas, como los grupos sindicales clandestinos o la resistencia armada del *maqui*.

La historiografía de la década de 1990 coincide en señalar que los trabajadores se mantuvieron pasivos tanto debido a la política de terror cuanto debido a que la falta de expectativas razonables de cambio estimuló su resignación, y en que la lucha por la supervivencia física impidió la organización de la resistencia, ya que los sectores populares debieron concentrar todos sus esfuerzos en garantizar su subsistencia cotidiana¹¹. El recuerdo de la guerra civil, y su empleo como amenaza por la dictadura también es considerado como un factor que explica la pasividad, ya que para una parte importante de la clase obrera las experiencias y recuerdos eran de signo negativo: violencia, inseguridad, hambre y privaciones, y por lo tanto, todo aquello que comporta-

10 Molinero e Ysas, *Productores disciplinados y minorías subversivas*, 41.

11 Este punto resulta un denominador común en los estudios sobre los trabajadores. Entre la muy abundante bibliografía de las últimas dos décadas al respecto, además de los ya citados trabajos de Molinero e Ysas pueden consultarse Antonio Miguel Bernal, “Resignación de los campesinos andaluces: La resistencia pasiva durante el franquismo”, José Gómez Alen, “La nueva conflictividad industrial. La experiencia de Galicia” y Babiano, José: “Madrid bajo la dictadura: tres momentos de la conflictividad obrera”, en *España franquista: causa general y actitudes sociales ante la dictadura*, eds. Isidro Sánchez, Manuel Ortiz y David Ruiz (Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 1993); y Sebastián Balfour, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)* (Valencia: Alfons El Magnanim, 1994).

ra el riesgo de reabrir la contienda era rechazado¹². La general y silenciosa hostilidad no debe ocultar la existencia de franjas obreras en que la actitud predominante fue la indiferencia política, especialmente entre los sectores que habían permanecido al margen de la intensa movilización de la década de 1930. También existieron sectores obreros minoritarios que apoyaron la dictadura, por motivos ideológicos o por las oportunidades de trabajo y ascenso social que ofreció el estado franquista a sus partidarios¹³. A la vez, el panorama de extendida pasividad se matiza no sólo por la subsistencia clandestina de organizaciones obreras, sino por la existencia de protestas espontáneas y peticiones colectivas, siempre fuertemente reprimidas.

Con el cambio de milenio, podemos destacar tres aportes fundamentales a este campo de estudios. Uno de ellos es el trabajo de Francisco Sevillano que en base a fuentes policiales y de agencias de inteligencia, así como de prensa, ha buscado dar cuenta del estado de la opinión pública lo largo de diversos momentos del franquismo. Sevillano sostiene que las opiniones con respecto al régimen resultaron muy variadas de acuerdo con la ubicación social y regional de sus emisores, aunque para el caso de los trabajadores el callado rechazo resultó la actitud casi unánime. En la perspectiva de Sevillano, la propaganda del régimen, “participando del relativo fracaso del resto de los aparatos socializadores”, quedó reducida a sus aspectos coercitivos, aunque logró sin dudas reducir toda expresión disidente al silencio. Concluye entonces que “si la capacidad coercitiva de la propaganda fue innegable, no lo fue tanto su influencia *persuasiva* en la consecución de adhesión o a lo sumo de la aceptación de la dictadura, pues sus efectos fueron limitados” debido en buena medida a “la disonancia de gran parte de los mensajes propagandísticos con las predisposiciones de la gente y su propia experiencia cotidiana”¹⁴.

Otro de estos aportes centrales es el de Antonio Cazorla, quien sostiene que desde mediados de los años cuarenta el mito político de la “Paz de Franco” logró “superar en capacidad de inclusión social a los acuñados durante la República y la Guerra Civil”. Las razones de su éxito se

12 Molinero e Ysas, *Productores disciplinados y minorías subversivas*, 29.

13 Carme Molinero y Pere Ysàs, “La historia social en la época franquista. Una aproximación”, *Historia Social*, no. 30 (1998).

14 Francisco Sevillano Calero, *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2000), 36.

encontraron en la acomodación del mito a la necesidad de estabilidad de los españoles frente al pasado de Guerra Civil, y a su articulación con el desprestigio de la política y con la exacerbación del nacionalismo que resultó de las medidas y condenas internacionales contra el régimen¹⁵. La mirada de Cazorla, aunque no desconoce la extensión de la represión, parece brindar un excesivo peso explicativo al mito de Franco como factor de sustentación del régimen. En su perspectiva, incluso los derrotados, para vivir en cierta normalidad “operaron separando al dictador de la masa de políticos, funcionarios y aprovechados de su régimen”. Así, Franco como “buen dictador” se convirtió por motivos que no tenían que ver con sus prácticas efectivas, “en el único referente de donde algo bueno podía venir en medio de una realidad moral y materialmente miserable”¹⁶.

En tercer lugar, y a nuestro entender de una importancia central, en cuanto renovaron fuertemente el campo de estudios español sobre las actitudes sociales, tanto desde lo conceptual y metodológico cuanto por la naturaleza de sus aportes empíricos, se encuentran los trabajos de Ismael Saz y su grupo de la Universidad de Valencia. Se trata de investigaciones fuertemente influidas por los aportes de la historia de la vida cotidiana alemana, la *Alltagsgeschichte*¹⁷. Ello se observa en el reconocimiento de una gran variedad de actitudes posibles, que tornan insuficientes para su aprehensión el uso de categorías como las de consenso u oposición, y la atención a los márgenes individuales para reapropiarse de las condiciones de su dominación. Los trabajos también se beneficiaron de los modos de abordaje desarrollados por Luisa Passerini, tanto por un uso de las fuentes orales más sintomático que literal, como por la atención a las señales casi imperceptibles del disenso en la cultura¹⁸.

15 Antonio Cazorla Sánchez, *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)* (Madrid: Marcial Pons, 2000), 224-225.

16 Cazorla Sánchez, *Las políticas de la victoria*, 229. Se pueden consultar del mismo autor Antonio Cazorla Sánchez, “Dictatorship from Below: Local Politics in the Making of the Francoist New State, 1937-1948”, *The Journal of Modern History*, no. 7 (1999) y “Sobre el primer Franquismo y la extensión de su apoyo popular”, *Historia y Política*, no. 8 (2002).

17 Sobre la *Alltagsgeschichte* se pueden consultar Alf Lüdtke, “De los héroes de la resistencia a los coautores. ‘Alltagsgeschichte’ en Alemania”, *Ayer*, no. 19 (1995); Ian Kershaw, *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de investigación* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2004), cap. 8; Peter Baldwin, “The Historikerstreit in Context”, en *Reworking the Past. Hitler, the Holocaust and the Historians Debate*, ed. Peter Baldwin (Boston: Beacon Press, 1990).

18 Luisa Passerini, *Fascism in Popular Memory. The Cultural experience of the Turin Working Class* (Londres y París: Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences del’Homme, 1987).

Este es el caso de los trabajos compilados en *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra* y parcialmente en *Fascismo y franquismo*¹⁹. En ellos, la distinción entre *vencedores y vencidos*, aunque se superpone en general a la de clase, resulta fundamental para comprender las actitudes sociales, ya que existieron importantes sectores de las clases populares que se identificaron con los vencedores. Por ello, sostienen que estas identificaciones fueron más determinantes que el propio origen social. Del análisis de los relatos de los entrevistados se desprende no sólo la existencia de memorias divididas —unos recuerdan el terror y la represión franquista pero tienden a olvidar la violencia en la zona republicana, otros lo contrario— sino de amplias zonas intermedias, tanto en cada memoria individual cuanto en franjas de ciudadanos que se situaron en posiciones de relativa neutralidad. Esto derivó en actitudes de indiferencia, presentes en los sectores dispuestos a buscar posiciones equidistantes entre una realidad que los agobiaba y el pasado de la Guerra Civil que no querían ver repetido. Entre ellos se contaban antiguos republicanos, que, atrapados entre el rechazo a la dictadura y el recuerdo de la violencia en zona republicana, posibilitaron la penetración de sentimientos de identificación con el régimen de sus hijos, en el contexto de la recatolización de las clases medias.

La necesidad de reencontrar una sensación de orden tras la Guerra Civil, el miedo a la represión y la lucha por la supervivencia física constituyeron los impulsos para la búsqueda o construcción de una normalidad que, como explica Saz “habría de ser sin política”²⁰. Esta actitud llevaba implícita la idea de olvidar el enfrentamiento y una voluntad de reconciliación. Ello comportaba una actitud ambigua frente al régimen, que no suponía una aceptación del mismo y podía expresar una voluntad de aislamiento y no colaboración, pero excluía también la idea de la oposición o de la resistencia activa. Esa normalidad sin política se tradujo en un retiro a la vida privada, pero se manifestó también en la construcción de espacios de sociabilidad sin política, como bandas musicales o *casales falleros*.

En cuanto a los trabajadores, las conclusiones genéricas están en línea con las de la mayor parte de la historiografía, en el sentido de señalar una hostilidad mayoritaria, aunque pasiva,

19 Ismael Saz Campos y Alberto Gómez Roda, *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra* (Valencia: Episteme, 1999); Ismael Saz Campos, *Fascismo y franquismo* (Valencia: Universitat de Valencia, 2004).

20 Saz Campos, *Fascismo y franquismo*, 190.

hacia el régimen. Existieron muestras de disentimiento y protestas: transgresiones a la moral del régimen en la vida cotidiana, ralentización de los ritmos de producción en los lugares de trabajo, protestas legales y formas organizadas de oposición. Este conjunto de prácticas representan indudables formas de protesta y expresión de disidencia, aunque resultaron en general minoritarias²¹. En contraste, entre los trabajadores aparece también la disposición a valorar positivamente algunas políticas del régimen, como las de paternalismo social, o la acción de algunos de sus funcionarios.

Las investigaciones distinguen entre un primer momento de terror, miseria y humillación y la segunda década en que la represión aminoró y la pobreza reemplazó a la miseria. A fines de la década de 1940 y comienzos de los años cincuenta la “gente corriente” alivió su situación y el régimen consiguió un consentimiento mayoritario. La represión “al garantizar el miedo, la pasividad y la resignación de la población se convirtió, sin que ello sea paradójico, en una condición para asegurar el consentimiento”²². Sin embargo, el consentimiento estaba lleno de matices diferenciadores, desde el apoyo fervoroso de los vencedores a su resignada aceptación como mal menor²³. Tal como sintetiza Saz: “Entre los polos de la adhesión inquebrantable y de la oposición militante, cabría situar, a un lado, una amplia zona de consentimiento y aceptación pasiva, con diversos grados de identificación, convencimiento y resignación del ‘mal menor’; y al otro, una zona no menos amplia de disentimiento pasivo, con diversos grados también de resignación al ‘mal inevitable’, rechazo y propensión a la protesta”. Entre ambas, una extensa zona intermedia sería la predominante²⁴.

21 Ramiro Reig, “Repertorios de la protesta. La posición de los trabajadores durante el primer franquismo” en Saz Campos y Gómez Roda, *El franquismo en Valencia*.

22 Joan Adriá, “Los factores de producción de consentimiento político en el primer franquismo: consideraciones apoyadas en el testimonio de algunos liranos corrientes”, en Saz Campos y Gómez Roda, *El franquismo en Valencia*, 127.

23 Saz Campos y Gomez Roda, *El franquismo en Valencia*, 157.

24 Saz Campos y Gómez Roda, *El franquismo en Valencia*, 35.

Bajo esta inspiración, en los años recientes algunos trabajos permitieron acceder a nuevos conocimientos sobre la historia social del franquismo y el problema de las actitudes sociales²⁵. Las perspectivas del grupo de Valencia resultaron enormemente influyentes entre las jóvenes generaciones de investigadores españoles, generando la tradición de estudios —en renovado diálogo con las historiografías de otros países europeos, en particular con la microhistoria y el marxismo británico— en la que se inscriben los libros de Carlos Fuertes Muñoz y Claudio Hernández Burgos. Ambos trabajos resultan aportes fundamentales, entre otros motivos porque —en contraste con la habitual concentración de las investigaciones en el período de la guerra civil y en las primeras décadas del franquismo— abordan a la dictadura española en su conjunto, proponen una periodización de mediano plazo, investigan épocas poco transitadas por la historiografía y evitan generalizaciones poco fundadas. Ambos textos son investigaciones de carácter local —en el caso del libro de Hernández Burgos el estudio se concentra en Granada y en el de Fuertes Muñoz en Valencia— en diálogo con la vida política, social y cultural nacional. La metodología de ambos textos es ampliamente compartida. En ambos casos, la reducción de la escala es una herramienta fundamental para profundizar en el análisis de las vivencias, sentimientos y opiniones de la “gente corriente”. Esta perspectiva se funda también en la convicción de que la consolidación del franquismo se produjo a nivel local:

Aunque es cierto que el golpe de Estado fue perpetrado por los militares insurgentes y en las altas esferas se tomaron las grandes decisiones que afectaban al conjunto del territorio nacional, era en los pueblos y ciudades españolas donde se pusieron los mimbres del edificio franquista. Era en el marco provincial y local donde se sentía el poder de los gobernadores civiles, los alcaldes, (...) los camisas viejas de Falange, las familias influyentes de los pueblos o los párrocos (...). Los ciudadanos de a pie no temían al ministro de Justicia, al cardenal primado de España o al secretario general del movimiento, sino al destacamento de la Guardia Civil de su pueblo, al terrateniente, (...) o al cura encargado de emitir informes sobre la conducta de sus feligreses. Pero no todo se reducía a una cuestión de poder impuesta “desde arriba”, sino que era también en la esfera local donde los españoles se relacionaban con las instituciones del régimen, pasando a formar parte de ellas, presionando para cambiar aspectos con los que no estaban de acuerdo y negociando de manera permanente hasta lograr que se satisficieran sus reivindicaciones o se ampliaran sus libertades (Hernández Burgos, p. 400).

En ambos estudios resulta central la reconstrucción de las historias de vida como un medio para captar el funcionamiento cotidiano de las normas, pero también de las desviaciones y

25 Véanse Miguel Ángel del Arco Blanco, “El secreto del consenso en el régimen franquista. Cultura de la victoria, represión y hambre”, *Ayer*, no. 76 (2009); Miguel Ángel del Arco Blanco et al., eds. *No sólo miedo. Actitudes políticas y opinión popular durante la dictadura franquista* (Granada: Comares, 2013).

alternativas. El conjunto de fuentes consultadas es amplia y en buena medida coincidente: informes oficiales del régimen y la falange, reportes de organizaciones políticas antifranquistas (en particular del PSOE y PCE), cartas a la emisora radial antifranquista *La Pirenaica*, documentación del cuerpo diplomático británico y en menor medida italiano, prensa escrita y radial española, reportes de la prensa extranjera, bibliografía sobre la dictadura publicada en las décadas de 1950 y 1960 (realizada por sociólogos, antropólogos, periodistas, escritores), junto a un amplio uso de las fuentes orales. En base a estos sólidos fundamentos, los trabajos buscan comprender la naturaleza, extensión social y aparentes contradicciones del consenso social, valorando “los factores que favorecieron su paralelo y creciente agotamiento y la rápida desaparición de la dictadura tras la muerte de Franco”, así como “el éxito, los límites y el agotamiento de alguna de las principales políticas y discursos legitimadores utilizados por la dictadura franquista a fin de reforzar y ampliar las actitudes de apoyo y aceptación de su proyecto ideológico-político” (Fuertes Muñoz, p. 23).

Se trata entonces de analizar las relaciones entre sociedad y régimen “basadas en la intersubjetividad, en las negociaciones continuas y fluctuantes establecidas entre los ciudadanos y el régimen franquista”, intentando mostrar los modos en que la dictadura se construyó gracias al esfuerzo de importantes apoyos sociales que coincidían ideológicamente o que se vieron beneficiados, pero teniendo en cuenta también a las “zonas grises” de los “que se resignaron a la dureza de la posguerra, se acomodaron a la monotonía de los años cincuenta y vieron con buenos ojos el crecimiento económico de los sesenta” y de los que el franquismo logró la despolitización o al menos la desmovilización (Hernández Burgos, p. 31).

Aunque ambos son libros matizados y complejos, puede señalarse que en el caso de Fuertes se enfatizan más los elementos culturales y subjetivos, mientras en el de Hernández se presta más atención a las variables macro políticas.

Ambos textos coinciden en el rol fundante de la experiencia de la guerra y la represión para la comprensión de las actitudes sociales en los años iniciales del régimen, en los que se construyó una *cultura de la victoria*, que conllevó la existencia de un discurso maniqueo que se tornó hegemónico a través de la promoción y exaltación de la victoria, entendida como el triunfo en una cru-

zada. Esta cultura permitió reforzar la cohesión interna de los heterogéneos apoyos sociales de la dictadura, y no se trató sólo de una construcción desde arriba, ya que la distinción entre vencedores y vencidos arraigaría también debido a motivaciones más profundas y espontáneas: se superponía en parte a las de clase, y sectores amplios de la población demandaron y coprodujeron la *cultura de la victoria*, a través de diversos mecanismos. No pocos partidarios del bando sublevado y vencedores asumieron un rol protagónico en la identificación y persecución de los enemigos, denunciado a sus vecinos y solicitando a las autoridades un castigo para los vencidos, conformando un pacto de sangre que solidificó las lealtades. Por supuesto, las clases sociales que vivieron la experiencia republicana como una amenaza y la Iglesia Católica fueron claves para la conformación del bloque de los vencedores. De este modo, al término de la guerra, España se convirtió en una sociedad de vencedores y vencidos. Los primeros fueron víctimas del terror, los segundos se beneficiaron de su condición para sortear el hambre, mejorar su posición social o formar parte de las instituciones del régimen. Pero estas distinciones fueron volubles, y en medio quedó una enorme área no estrictamente identificada con aquellas dos.

Fuertes señala que mientras en los años cuarenta la *cultura de la victoria* fue muy eficaz para generar apoyos, desde los años cincuenta se observa en el entorno institucional, social y familiar de los *vencedores comunes* una evolución hacia la pérdida de entusiasmo y del odio inicial, con un aumento de la apatía, el hastío y hasta el rechazo hacia determinados aspectos de ese discurso. Entre las causas de este cambio señala la temprana difusión social de una memoria traumática de la violencia compartida por amplios sectores sociales, y que abarcó en la década de los cincuenta también a los vencedores, entre quienes fueron emergiendo actitudes tolerantes hacia los vencidos, así como una voluntad de reconciliación. No se trata de la desaparición de la memoria franquista, sino que la identificación con la dictadura se superpuso al deseo de reconciliación. El contacto con las sociedades europeas con el fin del período de autarquía y el distanciamiento de sectores de la Iglesia con el régimen desde fines de esa década pueden haber contribuido a estos cambios. Por su lado, en un argumento similar, Claudio Hernández Burgos analiza los modos en que la gestión estatal de la miseria, la desactivación de la guerrilla y la represión resultaron esenciales para la consolidación del régimen, que se vio beneficiado por la relativa mejora económica de la primera mitad de los años cincuenta.

Fuertes Muñoz señala que desde fines de los años cuarenta el régimen lanzó un segundo discurso, el de la paz, que valoraba la neutralidad española en la segunda guerra mundial y el rol de Franco como artífice del apaciguamiento gracias a la victoria que terminó con la guerra civil. Esta estrategia surgió en parte por la percepción del agotamiento de la eficacia del discurso de la victoria, y posibilitó la penetración de la propaganda en sectores más amplios, en una sociedad traumatizada por la memoria de la guerra. Si la politización condujo a la guerra, la aceptación y despolitización era un mal menor frente a un pasado al que de ningún modo se aceptaba volver. Se trató de un discurso muy eficaz que, sin embargo, encontró sus propios límites, ya que valorar la paz no significó agradecerse al franquismo. De tal modo, el régimen no logró ni el olvido ni el perdón en las esferas privadas.

Resulta particularmente perspicaz el análisis de Fuertes Muñoz de las modalidades de la transmisión familiar de la *cultura de la victoria*, en un fenómeno que considera matizadamente, ya que la nueva generación no la recibió acríticamente, y en las décadas de 1960 y 1970, en momentos en que compartían espacios de sociabilidad con hijos y nietos de vencidos, repudiaron esa herencia. Más en general, en el tardofranquismo, junto a la continuidad de formas de hostilidad cotidiana, el aumento de la protesta política y la visibilización de la represión contribuyeron a reforzar el cambio de actitudes de parte de los apoyos sociales e institucionales del franquismo. Sin embargo, en forma simultánea, el discurso crítico hacia la segunda república reforzó el conformismo entre sectores sociales que iban más allá de los vencedores. Esta memoria negativa, y en particular la referida a la violencia anticlerical, impactó fuertemente en la zona intermedia hasta avanzados los años sesenta, y alcanzó parcialmente a los vencidos, contribuyendo a la aceptación resignada de la derrota.

Ambos autores señalan que con el crecimiento económico, la mejora en las condiciones de vida y el aumento del consumo desde fines de los años cincuenta, el régimen alcanzó una legitimidad basada en la eficacia, y se redujo relativamente la represión. Mientras la dictadura alentó la despolitización, se observan los primeros signos importantes de distanciamiento entre el régimen y la sociedad, presentes en las disidencias en la Iglesia, la Universidad y el mundo del trabajo. Aunque el régimen promovió el discurso que valoraba el bienestar y el consumismo, y se benefició

del mito del progreso, las actitudes sociales fueron complejas, ya que la ampliación del conformismo no se tradujo en agradecimiento e identificación, sino que convivió con diversas formas de crítica, malestar y protesta

En lo relativo a las políticas públicas, si en la posguerra la política social del régimen tuvo enormes dificultades para ampliar el consentimiento de los trabajadores, desde los años sesenta la legislación y la inversión real en políticas sociales y servicios públicos ayudó a consolidar al régimen. Buena parte de la sociedad fue receptiva a estas políticas y discursos, cuya eficacia se topaba asimismo con límites como los de la ausencia de agradecimiento al régimen, indiferencia o percepción crítica de la gestión pública.

Así, coinciden ambos autores, el punto álgido del régimen fue también el inicio de su descomposición. Agotados los mecanismos de socialización del régimen, la continuidad de las culturas políticas de izquierdas y republicanas a los que se sumaba un nuevo radicalismo católico dieron base a un conjunto de protestas cuya confluencia minó cualquier posibilidad de continuidad tras la muerte de Franco.

Ambos libros se sostienen en sus recorridos en una rigurosidad que les permite aprehender al elusivo objeto de las actitudes sociales en su complejidad, con una sutileza y una atención a los matices que los convierten en modélicos, y dan cuenta de una estabilización elogiada de esta área de la historiografía española.